



## Cristo, camino hacia el Padre

1. Para concluir os propongo fijarnos en un espléndido texto, aquél en que la carta a los Hebreos nos describe la situación que resulta del ofrecimiento sacerdotal de Cristo, mediador de la Nueva Alianza.

Este texto lo encontramos en el capítulo 10, en los versículos del 19 al 25. Tras haber expuesto su doctrina sobre el sacerdocio de Cristo, el autor de la carta extrae sus consecuencias para el pueblo cristiano, para nosotros. Describe nuestra situación tras la resurrección de Cristo, situación de Nueva Alianza, situación privilegiada, y nos indica también las actitudes más apropiadas.

El texto comprende dos partes estrechamente relacionadas entre sí, pero también claramente distintas.

La primera parte es descriptiva y la segunda exhortativa. La primera nos dice que poseemos tres cosas: tenemos un derecho para entrar, un camino a recorrer y un guía que nos conduce por el camino.

La segunda parte nos invita a asumir tres actitudes: fe, esperanza y caridad.

La parte descriptiva viene primero, es la base de la exhortación. Los exegetas señalan que en el Nuevo Testamento el indicativo precede al imperativo; el indicativo anuncia el don de Dios, un don maravilloso; el imperativo exhorta a acoger este don de un modo activo, a no dejarlo escapar.

La Nueva Alianza es, ante todo, un don que Dios nos ha dado por medio de Cristo; pero hay que acoger este don, tratando de hacerlo operativo en nuestra vida.

El autor no usa aquí el término «alianza», pero la realidad que describe corresponde perfectamente a una situación de alianza, ya que se trata de una situación caracterizada por la ausencia de separación y por la posibilidad de comunicación.

Leamos, pues, el texto:

Tenemos, pues, hermanos, pleno derecho para entrar en el santuario en virtud de la sangre de Jesús,<sup>20</sup> por este camino nuevo y vivo, inaugurado por él para nosotros, a través de la cortina, es decir, de su carne.<sup>21</sup> Tenemos un sacerdote excelso al frente de la casa de Dios.<sup>22</sup> Acerquémonos con sincero corazón, en plenitud de fe, purificados los corazones de conciencia mala y lavado el cuerpo con agua pura.<sup>23</sup> Mantengamos firme la confesión de la esperanza, pues fiel es el autor de la Promesa.<sup>24</sup> Fijémonos los unos en los otros para estímulo de la caridad y las buenas obras,<sup>25</sup> sin abandonar nuestras asambleas, como algunos acostumbran hacerlo, antes bien, animándoos; tanto más, cuanto que veis que se acerca ya el Día (Hb 10,19-25).

2. Al comienzo del fragmento usa el término «hermanos», que expresa la unión de los creyentes de la Nueva Alianza; son hermanos de Cristo porque son hijos de Dios en Cristo.

Al final vuelve a insistir en esta unión fraterna, exhortando a la caridad. Entre tanto va insistiendo sobre todo en la relación de los creyentes con Dios.

En la Antigua Alianza varios inconvenientes obstaculizaban esta relación: el pueblo no estaba autorizado a entrar nunca en el santuario, el que quebrantase esta prohibición debería ser condenado a muerte.

En la Nueva Alianza, sin embargo, todos los creyentes tienen «pleno derecho, plena libertad» para entrar en el santuario, para acercarse a Dios.

Las traducciones ponen la expresión «confianza» en lugar de «derecho», pero el término griego «*parresía*» no indica sólo un sentimiento de confianza, sino también al mismo tiempo un derecho, la libertad de acceder y de expresarse.

*Parresía* es un término característico de la ciudad griega. En Atenas, o en otras ciudades democráticas de Grecia, los ciudadanos tenían el derecho de tomar la palabra en las asambleas para exponer la propia opinión; no se reconocía este derecho ni a los extranjeros ni a los esclavos.

El término *parresía* se usa muchas veces en el Nuevo Testamento para caracterizar la situación cristiana como situación de libertad, de derecho para acceder. El cristiano tiene la libertad de los hijos de Dios, tiene pleno derecho para entrar en el santuario. Todas aquellas separaciones que existían en el Antiguo Testamento han sido abolidas. En la Antigua Alianza, como sabemos, existía una separación entre el pueblo y el sacerdote; el pueblo no podía nunca entrar

en el edificio del Templo, sólo podía estar en los patios. Tan sólo los sacerdotes podían entrar en el edificio.

También estaban separados los simples sacerdotes del sumo sacerdote; los primeros no podían entrar en la parte más santa del edificio, sino sólo en la parte santa. Sólo el sumo sacerdote tenía el derecho de penetrar en la parte más santa, «el Santo de los Santos», y eso sólo una vez al año.

Había también una separación entre sacerdote y víctima; el sacerdote no podía ofrecerse a sí mismo, no era digno ni capaz. Tenía que ofrecer como víctima un animal. Había también separación entre la víctima y Dios: un animal no puede entrar en comunión con Dios.

Sin embargo ahora, por medio de la ofrenda de Cristo, todos los creyentes tienen derecho a entrar en el santuario y no se trata del santuario inauténtico, fabricado por manos de hombre, sino del santuario verdadero. Se trata, pues, de entrar en la intimidad de Dios.

3. Este derecho a entrar se apoya en la sangre de Jesús. El autor dice literalmente que «en virtud de la sangre de Jesús» tenemos derecho a entrar. Sangre de alianza, derramada como ofrenda generosísima, que ha abolido todas las separaciones antiguas y ha establecido la plena comunicación, la plena comunión entre el pueblo y Dios.

Con su ofrenda, Dios ha abolido la separación entre víctima y Dios, ya que ha sido una víctima plenamente agradable a Dios, una víctima sin mancha, como dice el autor, y una víctima que ha cumplido perfectamente la voluntad de Dios, así que no puede dejar de ser una víctima agradable. Cristo ha abolido, por otro lado, la separación entre sacerdote y víctima al ofrecerse a sí mismo, Él ha sido al mismo tiempo el sacerdote y la víctima. En el momento en que Dios ha aceptado la víctima, ha aceptado también al sacerdote, llevándose lo consigo en la gloria.

Finalmente Cristo ha abolido también la separación entre el pueblo y los sacerdotes. Su ofrenda ha sido un acto de solidaridad total con nosotros; un acto en el que la perfección y la consagración que Él tiene nos han sido comunicadas al mismo tiempo a nosotros. A diferencia del sacerdocio antiguo, el de Cristo está abierto a la participación. El verbo «hacer perfecto», que usa el autor de la carta, tiene también el sentido de consagración sacerdotal. Es el verbo que se usa en los Setenta para hablar de la consagración sacerdotal. El autor dice que Cristo ha sido hecho perfecto y nos ha hecho perfectos. También se puede traducir: Cristo ha sido consagrado sacerdote y nos ha consagrado sacerdotes.

Así, la sangre de Cristo ha llegado a ser sangre de la alianza, una sangre que establece una situación nueva que nunca había ocurrido.

Pablo afirma en la carta a los Efesios: «Mas ahora, en Cristo Jesús, vosotros, los que en otro tiempo estabais lejos, habéis llegado a estar cerca por la sangre de Cristo» (Ef 2,13) y dice que tenemos todos acceso al Padre, tanto los cristianos provenientes del judaísmo como los que vienen del paganismo (Ef 2,18). En Ef 3,12 Pablo dice que Cristo «nos da la parresía para acercarnos con plena confianza a Dios por la fe en Él». La sangre de Cristo posee una extraordinaria fuerza de cohesión, establece la comunión con Dios y con los hermanos.

Como nuestra sangre establece una comunión vital entre todas las células de nuestro cuerpo, así también la sangre de Cristo en el Cuerpo de Cristo del que somos miembros.

4. El autor de la carta pasa después a expresar los otros dos aspectos de la situación de los cristianos. Para entrar en el santuario no basta con tener el derecho de acceso, también hay que tener un camino que seguir y un guía capacitado para conducirnos por ese camino.

Todo esto lo encontramos en Cristo. El él tenemos «el camino nuevo y vivo, inaugurado por Él para nosotros, a través de la cortina, es decir, de su carne» (Hb 10,20).

También aquí encontramos un cambio respecto al culto del Antiguo Testamento. Antes el autor había afirmado que, en la Antigua Alianza, todavía no se había manifestado el camino del verdadero santuario (Hb 9,8). No ha dicho sólo que se haya abierto el camino, sino que ha dicho que todavía no era conocido, por eso era imposible la plena comunicación con Dios.

Ahora, sin embargo, tenemos el camino que es la carne de Jesús, es decir, la naturaleza humana del Hijo de Dios, que ha recorrido la distancia que nos separaba de Dios y ha entrado en la intimidad de Dios.

El autor define este camino como «nuevo» porque no existía antes, ha sido «inaugurado» por el mismo Cristo en su misterio pascual. Para entrar en la intimidad celeste de Dios, Cristo ha trazado este camino que no es otro sino su misma humanidad glorificada.

En el cuarto evangelio Jesús nos dice «yo soy el camino» (Jn 14,6). Cuando proclama estas palabras, Jesús todavía no ha llegado a la meta, Él mismo es el camino que está construyendo; para completar este camino era necesario que él pasara desde este mundo al Padre.

Este camino es «nuevo», es el camino apropiado para la Nueva Alianza y los que lo recorren han recibido un corazón nuevo y un espíritu nuevo, el Espíritu de Dios. El adjetivo «nuevo» exige la novedad de vida de la que habla Pablo en la carta a los Romanos (Rm 6,4), la nueva creación (2Cor 5,17). El adjetivo que usa aquí es un adjetivo muy raro (*prosfatos*). Lo encontramos sólo en Qohelet:

«No hay nada nuevo bajo el sol» (Qo 1,9). Jesús supera esta visión cíclica de la historia y la lleva a una efectividad nueva.

Por otra parte es un camino «vivo», ya que se trata de Cristo resucitado. La muerte ya no tiene ningún poder sobre Él, dice Pablo (Rm 6,9). El camino nuevo y vivo es el mismo Cristo. Pedro dice: «Acercándoos a Él, piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida, preciosa ante Dios, también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual» (1Pe 2,4-5).

El camino nuevo y vivo es idéntico a la tienda «más grande y más perfecta» por medio de la cual Cristo ha entrado en el santuario divino. Ella es, pues, la humanidad glorificada de Jesús, que ha llegado a ser para todos nosotros el único camino de acceso a Dios.

Tenemos que comprender mejor todavía la extraordinaria novedad introducida en el mundo por la resurrección de Cristo. Ella nos da la capacidad de transformarnos, renovando continuamente nuestra mente, como dice Pablo, y revistiéndonos del hombre nuevo. No estamos llamados a vivir en la condición del mundo viejo, sino en la de la nueva creación, del corazón nuevo, del espíritu nuevo.

La búsqueda de la voluntad de Dios nos introduce en esta novedad, ya que esta voluntad no es un código fijo, sino una creación continua.

5. La tercera anotación nos habla del guía que nos lleva por este camino: «Tenemos un sacerdote excelso al frente de la casa de Dios».

Aquí el autor apunta a la primera cualidad del sacerdote, la de ser digno de fe. Habla, por ello, de la autoridad de Cristo. La expresión «al frente de la casa» aparece en el capítulo tercero a propósito de Cristo, sumo sacerdote digno de fe: «Es digno de fe como hijo, al frente de su propia casa, que somos nosotros» (Hb 3,6).

Por eso tenemos un sacerdote que nos guía hacia Dios para presentarnos a Él.

La Nueva Alianza no es, como lo era la Antigua, una institución impersonal, una ley escrita en piedra. La Nueva Alianza es una persona, una realidad viva, Cristo resucitado.

El valor de una alianza así no le viene sólo del acontecimiento del pasado que la fundó, sino de la presencia actual del mediador, que es también su garante en su misma persona.

La Nueva Alianza existe *por* y *en* la persona de Cristo, en la que la humanidad y la divinidad se han unido de un modo perfecto.

Ésta es, pues, nuestra situación; una situación verdaderamente privilegiada y por eso el autor habla de ella con tanto entusiasmo.

En la Nueva Alianza tenemos pleno derecho a entrar en el santuario, tenemos el camino, tenemos el guía. Nada nos falta.

Una vez que tenemos todo esto se nos invita a proceder con diligencia. El autor nos invita al comienzo de la parte exhortativa: «*Acerquémonos con sincero corazón*».

Aquí también podemos ver un fuerte contraste con la antigua prohibición de acercarse al santuario. En el Antiguo Testamento estaba severamente prohibido que los fieles se acercaran. El que lo hacía era condenado a muerte. Sólo el sumo sacerdote podía hacerlo en determinadas circunstancias. En el libro de los Números se dice una y otra vez que el que se acerque será castigado con la muerte: «*Cualquier extraño que no sea de la descendencia de Aarón, que se acerque morirá*» (Nm 3,19.38).

Así pues, también para los sacerdotes había peligro de muerte. Al principio del capítulo dieciséis del Levítico, que describe la liturgia del *Kippur*, de la expiación, el Señor dice a Moisés: «*Di a tu hermano Aarón que no entre en cualquier fecha en el santuario que está al otro lado del velo, ante el propiciatorio que está encima del arca, no sea que muera: pues yo me dejo ver en la nube encima del propiciatorio*».

Como ya dijimos, el sumo sacerdote podía entrar sólo una vez al año en la parte más santa y cumpliendo una serie de minuciosos ritos.

Ahora, sin embargo, todos estamos invitados a acercarnos a Dios, a entrar en contacto íntimo con él.

El sentido fundamental de esta exhortación es que tenemos que progresar en nuestra relación con Dios. Es probable que el autor haya hecho esta exhortación durante una celebración eucarística; me parece por eso muy probable que haya compuesto esta magnífica homilía precisamente para pronunciarla en las asambleas cristianas reunidas para la celebración de la Eucaristía.

De cualquier modo, esta frase se corresponde perfectamente con el dinamismo eucarístico.

Este pasaje de la carta a los Hebreos es ciertamente una presentación de la celebración eucarística, de su valor profundo. El autor habla aquí de la sangre de Cristo, de la carne de Cristo, de la persona de Cristo sacerdote y dice que estas tres realidades están ahora a nuestra disposición. Ellas están a nuestra disposición en la celebración eucarística.

**6.** Para expresar las realidades fundamentales de la Nueva Alianza, nuestro autor hace referencia a las tres virtudes teologales: «*en plenitud de fe ... la confesión de la esperanza ... para estímulo de la caridad*», y esto es significativo.

El autor no hace una exhortación moral, sino teologal. Habría podido invitar a los fieles a practicar las virtudes morales o las cardinales, pero no ha hecho esto, porque estas virtudes no tienen una relación directa con la Nueva Alianza. Sin embargo las virtudes teologales son esenciales para la Nueva Alianza, hacen referencia a todas las relaciones con Dios y con los hermanos.

Ya en el Antiguo Testamento se insistía mucho en la necesidad de la fe y de la confianza en Dios. Por ejemplo, en el salmo 77(78), que recuerda la historia de Israel, leemos «*Había mandado a nuestros padres que lo comunicaran a sus hijos, ... para que pusieran en Dios su confianza*» (vv. 5.7). El salmista después se lamenta varias veces porque el pueblo no ha correspondido a esta exigencia de fe y de confianza: «*No tuvieron fe en Dios ni confiaron en su salvación*» (v. 22); «*Mas con todo siguieron pecando, no creyeron en sus prodigios*» (v. 32); «*su corazón no era fiel, no tenían fe en su alianza*» (v. 37).

A lo largo de la historia de Israel esta perspectiva teologal estaba oscurecida por la preocupación, cada vez más fuerte, de la observancia de la ley. Los judíos estaban preocupados, sobre todo, por cumplir bien los mandamientos, preocupados por las obras que tenían que cumplir para estar a bien con Dios.

Sin embargo el Nuevo Testamento ya no insiste en la ley que hay que cumplir, sino que exhorta a tener fe, esperanza y caridad; la primera condición que la carta a los Hebreos nos propone para acercarnos a Dios no es el cumplimiento de la ley, sino la adhesión de fe a Dios por medio de la mediación sacerdotal de Cristo.

Volvemos a encontrar aquí la doctrina paulina que rechaza las pretensiones de la Ley y coloca en la base de todo la fe. Los matices son, sin embargo, distintos. Pablo critica la Ley porque no podía justificar a los hombres, todos son pecadores. Pero el autor de la carta a los Hebreos critica la Ley porque no podía establecer una mediación sacerdotal válida, no podía instituir un sacrificio eficaz, un sacerdocio auténtico, una alianza irreprochable.

La invitación a la fe se basa en la eficacia perfecta del sacrificio y del sacerdocio de Cristo que constituyen una mediación perfecta.

7. La fe es una actitud del corazón. Pablo dice: «*Se cree con el corazón*» (Rm 10,10). Nuestro autor exhorta: «*Acerquémonos con sincero corazón, en plenitud de fe*» (Hb 10,22).

¿Cómo podemos procurarnos este corazón sincero si tenemos un corazón con doblez, un corazón malo, un corazón de piedra?

El remedio está indicado con dos expresiones significativas, que hacen referencia al mismo tiempo al bautismo y a la alianza.

El autor nos dice: «*Acerquémonos ... purificados los corazones de conciencia mala y lavado el cuerpo con agua pura*».

Por eso los comentaristas ven en esta frase una referencia doble al bautismo: bajo el aspecto de rito externo, el agua pura, y como efecto interno, los corazones purificados. El autor no dice, sin embargo, «corazones purificados», esto es una traducción aproximada, dice «*corazones asperjados*» y esto es significativo porque el verbo «asperjar» hace referencia a la institución de la alianza.

En el capítulo nueve el autor recuerda que Moisés había asperjado al pueblo con la sangre de la alianza. Había asperjado también el libro y todos los instrumentos de culto. Pero aquí hay una novedad: ahora la aspersión va dirigida a los corazones: «*asperjados los corazones*».

Es algo extraño, porque una aspersión no es normal que llegue hasta los corazones. Precisamente por ello está indicando un cambio radical. En la Antigua Alianza la aspersión era externa. En la Nueva Alianza la aspersión es interna; la aspersión de la sangre de Cristo no alcanza al hombre en su exterioridad, sino en su profundidad, en su corazón, y lo libera de las malas disposiciones de conciencia. Así se realiza la promesa que Dios había hecho por boca de los profetas Jeremías y Ezequiel sobre la Nueva Alianza.

Junto con la transformación interior también se indica el rito externo, con una expresión muy rara en la Biblia, aunque nos parezca natural: «agua pura». Es una expresión que prácticamente sólo se encuentra dos veces en todo el Antiguo Testamento.

Esta expresión hace referencia al texto del profeta Ezequiel en el que también encontramos el verbo asperjar, y se refiere a la Nueva Alianza.

Dios dice por boca de Ezequiel: «*Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados ... y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo*» (Ez 36,25-26). Es el oráculo de la Nueva Alianza según Ezequiel. Se ve así que el autor de la carta a los Hebreos ha querido mostrar que el bautismo nos introduce en la Nueva Alianza y realiza para cada uno de nosotros las profecías de Jeremías y de Ezequiel.

8. El autor pasa después a hablar de la esperanza «*Mantengamos firme la confesión de la esperanza, pues fiel es el autor de la Promesa*». En toda la carta a los Hebreos la esperanza siempre está estrechamente unida a la fe. Incluso, cuando el autor quiere definir la fe, la define por medio de la esperanza. Eso hace en 11,1 «*La fe es un modo de poseer lo que esperamos*».

La esperanza expresa el aspecto dinámico de la fe. El mensaje que recibimos no es la revelación de una verdad abstracta, que hay que creer, sino la revelación de una Persona que es el camino y la causa de la salvación.

La Nueva Alianza está llena de grandes promesas, por eso nuestra fe está ligada a la esperanza, o más exactamente lo contrario: nuestra esperanza está ligada a la fe. En la Nueva Alianza muchos dones ya nos han sido comunicados. Por eso no todos hay que esperarlos, muchos ya han sido hechos efectivos, pero están orientados hacia una plenitud mayor. Tenemos la esperanza de recibir la herencia eterna, de entrar para siempre en el reposo de Dios, en la patria celestial y, a partir del momento en que Cristo ya ha alcanzado esa meta, nuestra esperanza es segura, como dice el autor en 6,18-20: *«En la esperanza tenemos nosotros como un ancla firme y segura de nuestra alma, que penetra hasta dentro de la cortina, donde entró por nosotros, como precursor, Jesús»*.

Nuestra esperanza se compara con un ancla porque penetra ya en el interior del santuario y está junto a Cristo, que nos ha preparado el camino y nos atrae hacia él.

**9.** Finalmente el autor dirige una exhortación al amor cristiano, a la caridad, *agape* en griego: *«Fijémonos los unos en los otros para estímulo de la caridad y las buenas obras»*.

La relación entre alianza y caridad es muy estrecha. La caridad presenta siempre dos dimensiones, de unión con Dios en el amor y de unión con los hermanos en el servicio generoso.

Son dos las dimensiones inseparables de la Nueva Alianza. El autor, finalmente, hace más acuciante su exhortación al referirse al «día», es decir al «día del Señor» del que habían hablado los profetas: *«tanto más, cuanto que veis que se acerca ya el Día»* (Hb 10,25).

«Día» es la última palabra de la frase. Se trata del día del Señor, el día de la intervención decisiva del Señor.

¿Cómo podían ver que se acercaba «el día»? La hipótesis más probable, a mi modo de ver, es que el autor señalaba las primeras insurrecciones que se producían en Palestina, hacia el año sesenta y cinco, y que hacían presagiar la guerra judía, que condujo posteriormente a la destrucción de Jerusalén y al incendio del Templo. Jesús había predicho estos acontecimientos como una manifestación de su Parusía. El autor se basa en ello para exhortar a los cristianos a ser más fervorosos y activos en la caridad.

**10.** Así, pues, se manifiesta un dinamismo maravilloso en la Nueva Alianza. Un dinamismo intenso que nos empuja a acercarnos a Dios por Cristo en plenitud de fe, de esperanza y de caridad.

Nuestra situación es verdaderamente privilegiada, una situación de grandes posibilidades de comunión con Dios, hecha posible gracias a la ofrenda de Cris-

to. No es una situación pasiva, ociosa, sino una situación que requiere un compromiso, un compromiso que está seguro de su resultado. Podemos dar gracias al Señor por habernos puesto en esta privilegiada situación, y por habernos dado el encargo de introducir en ella a las personas que nos han sido encomendadas.

Este texto de la carta a los Hebreos es un programa pastoral muy completo y muy hermoso. Ofrezcámonos al Señor para responder a sus dones con una gran fe, con esperanza inquebrantable y con caridad generosa.